



JOSÉ FRANCISCO
SERRANO OCEJA

AQUELLA CONFESIÓN

El joven sacerdote se llamaba Luigi Giussani. De esa experiencia nació *Comunión y Liberación*

El novel sacerdote levantó la vista del libro que estaba leyendo en el confesionario. Un muchacho alto, rubio, de aspecto gentil, se acercaba. «Mire –le dijo–, estoy aquí, pero no tengo ganas de confesarme». «Entonces, tampoco te puedo dar la absolución», le contestó el sacerdote. «Pero es que ahí está mi madre y quiere que me confiese». Nervioso, el estudiante, se arrancó con una reflexión sobre su situación espiritual, que resumió en la figura del Capaneo de Dante, aquel gigante encadenado por Dios en el infierno cuya única tarea era demostrar que Dios no puede impedir que él le maldiga. «Esa es la verdadera estatura del hombre», sentenció. Entonces, el sacerdote se le quedó mirando a los ojos y con calma,

remarcando cada una de las palabras, le dijo: «Pero ¿no es más grande aún amar al infinito?». Ocurre en Milán, 1950. El joven sacerdote se llamaba Luigi Giussani. De esa experiencia nació el movimiento *Comunión y Liberación*.

La visita a España en vísperas del inicio del Jubileo de la Misericordia del Presidente de *Comunión y Liberación*, el sacerdote español Julián Carrón, para presentar la biografía de Giussani escrita por el periodista italiano Alberto Savorana, ha servido para recordar un momento olvidado de la reciente historia de la Iglesia en España. La ocasión en la que don Giussani se encuentra con José Miguel Oriol, entonces responsable de la editorial de izquierdas ZYX, de la HOAC, y con el grupo de los sacerdotes madrileños de «Nueva Tierra», una constelación formada bajo el manto espiritual e intelectual de Francisco Fernández-Golfín, luego obispo de Getafe, y de Mariano Herranz, profesor del Seminario. Una relación que cambió la historia de no pocos e influyó en la marcha de nuestra Iglesia. Una historia que ahora se quiere ocultar bajo las cenizas del presente.

El suelo nutricional en España de *Comunión y Liberación* fue la mixtura entre el catolicismo social, no clerical, aún no estrangulado por la ideología marxista, y la insatisfacción de esos jóvenes curas «leídos y viajados» con sus grupos de estudiantes. Una mezcla que sigue activa.